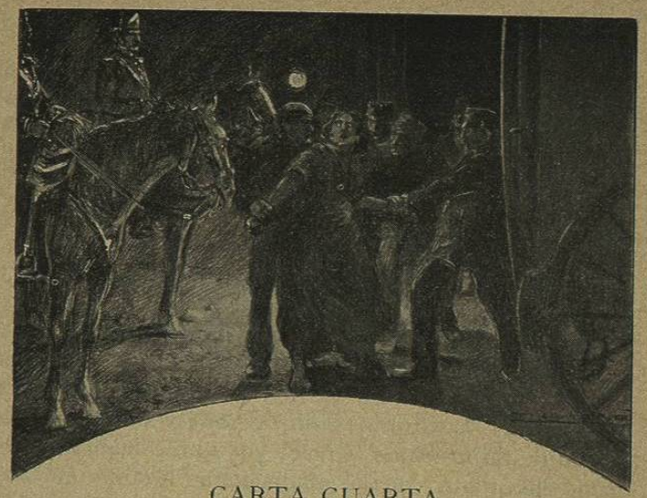

CARTA CUARTA

DE VILLERS-COTTERETS Á LA FRONTERA

El último *calembour* de Luis XVIII.—Peligros que se pueden correr dentro un sacabotas.—La llanura de Soissons vista de noche.—El viajero contempla las estrellas.—El que pasa contempla al que se queda.—J. C.—Soissons.—Frase de César.—Palabra de Napoleón.—Silueta de San Juan de las Viñas.—El viajero ve á una viajera.—Sombrío encuentro.—Venus.—Paisaje crepuscular.—Lo que se ve de Reims en la mala postal.—La Champaña perfectamente piojosa.—Rethel.—¿En dónde está la selva de los Ardennes?—De quién es obra el despoblamiento de los bosques.—Mezières.—Lo que se busca en ella.—Lo que se encuentra.—El milagro de la bomba.—De cómo un Dios se convierte en un santo.—Sedán.—El viajero se reconcentra y busca algunas cosas en su espíritu.—Una mediana estatua en lugar de un hermoso castillo.—Sedán pierde en ello.—Turena no gana.—Ninguna huella de jabalí de los Ardennas.—Cinco leguas á pie.—Un poco de Mosa.—Se corre

tras un vaso de agua, y se cae sobre un salchichón.—Un hombre con papera.—Charleville.—La plaza ducal y la plaza real.—Rocroy.—Los diálogos nocturnos que se oyen en diligencia.—Un concierto de campanas se mezcla en la conversación, con la buena y evidente intención de distraer al viajero.—Entrada en Givet.

Givet, 29 de julio.

Esta vez he andado mucho camino. Querido amigo, os escribo hoy desde Givet, antigua y pequeña ciudad que ha tenido el honor de proporcionar á Luis XVIII su último santo y seña y su último *calembour (Saint-Denis, Givet)*, y á donde acabo de llegar á las cuatro de la madrugada, molido por los vaivenes de un pésimo carruaje que aquí llaman la diligencia. He dormido dos horas completamente vestido sobre la cama, ha venido el día, y os escribo. He abierto la ventana para disfrutar del sitio que se divisa desde mi cuarto y que se compone del ángulo de un techo blanqueado con cal, de una antigua canal de madera llena de musgo y de una rueda de cabriolé apoyada contra una pared. En cuanto á mi cuarto, es una gran cuadra amueblada con cuatro vastas camas, con una inmensa chimenea de carpintería, adornada al exterior con un pequeñísimo espejo y al interior con un pequeñísimo haz de leña. Sobre el haz está puesto delicadamente, al lado de una escoba, un sacabotas enorme y antediluviano, tallado con una podadera por algún carpintero furibundo. La fantástica abertura practicada en aquel sacabotas imita las sinuosidades del Mosa; y es casi imposible desprender el pie si se tiene la imprudencia de meterlo allí. Lo menos se corre el riesgo de pasearse, como acabo de hacerlo, por toda la posada, con el sacabotas en el pie, pidiendo socorro á grandes

gritos. Para ser justos, debo al sitio una pequeña rectificación. Hace un momento he oído cloquear algunas gallinas. Me asomé al corral, y vi debajo mi ventana una deliciosa malva de jardín en flor que toma ademanes de rosa de ultramar sobre una tabla sostenida por dos viejas marmitas.

Desde mi última carta un incidente, que no vale la pena de ser contado, me hizo retroceder bruscamente de Varennes á Villers-Cotterets, y anteayer, después de haber despedido á mi carruaje de la Ferté-sous-Jouarre, para ganar el tiempo perdido, tomé la diligencia de Soissons; iba completamente vacía, lo que, sea dicho entre nosotros, no me disgustó. Así pude desplegar á mi sabor mis hojas de Cassini sobre la banqueta del cupé.

Al aproximarme á Soissons caía la tarde. La noche abría ya su mano llena de humo en aquel encantador valle por donde se hunde la carretera después del lugarejo de la Folie, y paseaba lentamente su inmensa negrura sobre la torre de la catedral y la doble aguja de San Juan de las Viñas. Sin embargo, á través de los vapores que subían pesadamente de la campiña, distinguíase aun aquel grupo de paredes, techos y edificios que es Soissons, semienvuelto entre la media luna de acero del Aisne, como una gavilla que la hoz va á segar. Me detuve un instante en lo alto de la bajada para gozar de aquel bello espectáculo. Un grillo cantaba en un campo cercano, los árboles del camino charlaban en voz baja y se estremecían á impulsos del último aire de la noche antes de entregarse al sueño; yo contemplaba atentamente con los ojos del espíritu una grande y profunda paz salir de aquella sombría llanura que ha visto vencer á César, reinar á Clodoveo y vacilar á Napoleón. Y es que los hombres, lo mismo César, que Clodoveo, que Napoleón, no son más que sombras que pasan; y es que la guerra no es

más que una sombra como ellos, que pasa con ellos; mientras que Dios, y la naturaleza que sale de Dios, y la paz que sale de la naturaleza, son cosas eternas.

Pensando tomar la mala de Sedán, que llega á Soissons á media noche, tenía tiempo de qué disponer y dejé marchar la diligencia. El trayecto que me separaba de Soissons no pasaba de un delicioso paseo, que hice á pie. A alguna distancia de la ciudad, me senté junto á una linda casita, alumbrada débilmente por la fragua de un herrador encendida al otro lado de la carretera. Allí contemplé religiosamente el cielo, que estaba soberbiamente sereno. Los tres únicos planetas visibles á aquella hora resplandecían los tres al Sudeste en un espacio muy limitado y como en el rincón del cielo; Júpiter—nuestro hermoso Júpiter, ¿os acordáis, amigo mío?,—que ejecuta hace tres meses un nodo muy complicado, formaba con las dos estrellas, entre las que está colocado en este momento, una línea recta perfectamente geométrica. Más al Este, Marte, rojo como el fuego y la sangre, imitaba la oscilación estelar con una especie de resplandor inquieto y huraño; y un poco más arriba brillaba dulcemente, con su apariencia de estrella blanca y tranquila, ese planeta monstruo, ese mundo enorme y misterioso que llamamos Saturno. Al otro lado, completamente al fondo del paisaje, un magnífico faro de luz giratoria, azul, encarnada y blanca, rasgaba con su deslumbrante resplandor las sombrías crestas que separan Noyón del territorio de Soissons. Mientras me preguntaba lo que podía hacer aquel faro en plena tierra, en aquellas inmensas llanuras, le vi dejar la cumbre de las colinas, pasar las brumas violáceas del horizonte y ascender hacia el cenit. Aquel faro era Aldebarán, el sol tricolor, la enorme estrella de púrpura, de plata y de turquesa, que se elevaba majestuosamente en la vaga y siniestra blancura del crepúsculo.

¡Oh, amigo mío! ¿Qué secreto hay, pues, en esos astros, que todos los poetas, desde que hay poetas, todos los pensadores, desde que hay pensadores, todos los soñadores, desde que hay soñadores, han contemplado por turno, estudiado, adorado, los unos, como Zoroastro, con un confiado deslumbramiento, los otros, como Pitágoras, con inexplicable espanto? Seth nombró las estrellas, como Adán había nombrado los animales. Los caldeos y los genetlíacos, Esdras y Zorobabel, Orfeo, Homero y Hesiodo, Cadmo, Ferecides, Jenofonte, Hecateo, Herodoto y Tucídides, todos esos ojos de la tierra, por tanto tiempo apagados y cerrados, se han fijado de siglo en siglo con angustia en esos ojos del cielo siempre abiertos, siempre alumbrados, siempre vivientes. Esos mismos planetas, esos mismos astros que vemos hoy, han sido vistos por todos esos hombres. Job habla de Orión y de las Hyades; Platón escuchaba y oía distintamente la vaga música de las esferas; Plinio creía que el sol era Dios é imputaba las manchas de la luna á las humaredas de la tierra. Los poetas tártaros denominan al polo *senesticol,* lo que quiere decir *clavo de hierro.* Algunos soñadores, llevados por una especie de vértigo, han osado burlarse de las constelaciones. El *León,* dice Rocoles, *podría también sin dificultad llamarse un mono.* Pacuvio, por cierto no muy tranquilo, trata de aturdirse y de no creer en los astrólogos, so pretexto que serían iguales á Júpiter:

> Nam si qui, quæ eventura sunt, provideant
> Æquiparent Jovi.

Favorino formula esta temible pregunta: ¿Las causas de todo estarán en las estrellas? *Si vitæ mortisque hominum rerumque humanarum omnium et ratio et causa in cœlo et apud stellas foret?* Y cree que la in-

fluencia desciende hasta las moscas y á los gusanos, *muscis aut vermiculis,* y, añade, hasta los erizos, *aut echinis.*

Aulo Gelio, haciendo vela de Egina al Pireo, navegando por un *mar clemente,* sentábase por la noche en la popa y consideraba los astros. *Nox fuit, et clemens mare, et anni æstas, cœlumque liquide serenum; sedebamus ergo in puppi simul universi, et lucentia sidera considerabamus.* El mismo Horacio, ese filósofo práctico, ese Voltaire del siglo de Augusto, más gran poeta, es cierto, que el Voltaire del siglo de Luis XV, Horacio se estremecía al contemplar las estrellas, una gran ansiedad colmaba su corazón, y escribía estos versos casi terribles:

> Hunc solem, et stellas, et decedentia certis
> Tempora momentis, sunt qui formidine nulla
> Imbuti spectant!

En cuanto á mí, no temo á los astros, sino que les quiero. No obstante, nunca he pensado, sin que se me oprimiera en cierto modo el corazón, que el estado normal del cielo es la noche. Lo que denominamos el día, sólo existe para nosotros porque nos hallamos cerca de una estrella.

No siempre se puede contemplar la inmensidad; el infinito aplasta; el éxtasis es tan religioso como la oración; pero la oración alivia y el éxtasis fatiga. Desde las constelaciones, mis ojos cayeron sobre la pobre pared de la casucha en que me hallaba arrimado. En ella encontré nuevos motivos de meditación y de ideas. En aquella pared, el campesino que la construyera había empotrado una piedra, una venerable piedra, en la que la reverberación de la fragua me permitía reconocer las huellas casi completamente borradas de una inscripción antigua; sólo distinguía dos letras intactas, J. C.; el resto estaba consumido. Ahora bien,

¿qué sería aquella inscripción? ¿Era romana ó románica? Sin duda alguna hablaba de Roma; pero ¿de qué Roma? ¿De la Roma pagana ó de la Roma cristiana? ¿De la ciudad de la fuerza ó de la ciudad de la fe? Permanecí largo rato con los ojos fijos en la piedra y el espíritu abismado en algunas hipótesis sin fondo. No sé si la contemplación de los astros me había predispuesto á aquella meditación; pero sí que me obsesioné hasta tal punto, que me parecía ver en cierto modo animarse y resplandecer á mis ojos aquellas dos misteriosas letras—J. C.—que la primera vez que aparecieron á los hombres gobernaron el mundo, y la segunda lo transformaron. ¡Julio César y Jesucristo!

Bajo la inspiración de una idea semejante á la que me absorbía en aquel momento, debió, sin duda, Dante poner juntos en la caverna del infierno, haciéndoles devorar á un mismo tiempo por la virulenta boca de Satanás, al gran traidor y al gran asesino, Judas y Bruto.

Tres ciudades se han sucedido en Soissons: la *Noviodunum* de los galos, la *Augusta Suessonium* de los romanos, y el antiguo Soissons de Clodoveo, de Carlos el Simple y del duque de Mayenne. Nada queda ya de aquella *Noviodunum* á la cual asustó la rapidez de César. *Suessones,* dicen los Comentarios, *celeritate romanorum permoti, legatos ad Cæsarem de deditione mittunt.* Sólo quedan de *Suessonium* algunos restos desfigurados, entre otros el templo antiguo del que la Edad media hizo la capilla de San Pedro. El viejo Soissons es más rico. Posee San Juan de las Viñas, su antiguo castillo y su catedral, en donde fué coronado Pepino en 752. No he podido averiguar lo que quedaba de las fortificaciones que hicieron decir en 1814 al emperador, observando en la muralla no sé qué molusco fósil, grifea ó belemnita, que *las murallas de Soissons estaban construidas con la misma piedra que*

las murallas de San Juan de Acre. Observación muy curiosa cuando se considera cómo se hizo, qué hombre la hizo y en qué momento.

La noche era demasiado obscura cuando entré en Soissons para que pudiera buscar Noviodunum ó Suessonium. Me contenté con cenar esperando la mala y con errar al rededor de la gigantesca silueta de San Juan de las Viñas, atrevidamente presentada sobre el cielo como una decoración de teatro. Mientras iba andando, veía aparecer y desaparecer las estrellas por entre las rendijas del sombrío edificio, como si estuviera lleno de personas atareadas subiendo, bajando, corriendo con luces por todos lados.

Al regresar á la posada daban las doce de la noche. Toda la ciudad aparecía negra como una cueva. De pronto oyóse un ruido de huracán al extremo de una estrecha calleja, hasta entonces completamente tranquila é incapaz en apariencia de ningún rumor nocturno. Era la mala postal que llegaba. Detúvose á pocos pasos de mi posada. Había precisamente un asiento vacío, lo cual vino de perlas. Estas nuevas malas son verdaderamente unos coches muy cómodos y elegantes; uno puede sentarse como en su propia butaca, con las piernas á su sabor, con almohadillas á derecha é izquierda por si cierra los ojos, y un ancho cristal ante sí cuando los abre. En el momento que iba á instalarme voluptuosamente, en otro obscuro callejón estalló un alboroto tan extraño, mezcla de gritos, de ruido de ruedas y de patadas de caballos, que, á pesar del correo, que no me daba ni cinco minutos de tiempo, corrí allí apresuradamente. Al entrar en el callejón, he aquí lo que vi. Al pie de un paredón, que tenía ese aspecto odioso y glacial peculiar de las paredes de las cárceles, estaba abierta una puerta baja, rematada en arco y armada de enormes cerrojos. A algunos pasos de aquella

puerta estaba estacionada, entre dos gendarmes á caballo, una especie de lúgubre carreta apenas entrevista entre la obscuridad. Entre la carreta y el portillo forcejeaba un grupo de cuatro ó cinco hombres arrastrando hacia el coche á una mujer que exhalaba desgarradores ayes. Una linterna sorda, llevada por un hombre que desaparecía en la sombra que aquélla proyectaba, alumbraba siniestramente aquella escena. La mujer, una robusta campesina de unos treinta años, resistíase desesperadamente á los cinco hombres, aullaba, golpeaba, arañaba, mordía, y por instantes un rayo de luz de la linterna caía sobre su cabeza, desgreñada y siniestra como la propia imagen de la desesperación. Había asido uno de los barrotes de hierro del portillo y á él manteníase agarrada. Al aproximarme, los hombres hicieron un violento esfuerzo, la arrancaron del portillo y la llevaron de un salto al coche. Aquel coche, que la linterna iluminó entonces vivamente, no tenía más abertura que algunos pequeños agujeros redondos abiertos en ambas caras laterales y una puerta practicada en la parte de atrás y cerrada por fuera con sólidos cerrojos. El hombre del farol corrió los cerrojos, abrióse la portezuela y apareció bruscamente el interior de la carreta. Era una especie de caja, sin luz y casi sin aire, dividida en dos compartimentos oblongos por un recio tabique que la cortaba transversalmente. La única portezuela estaba dispuesta de manera que, una vez corridos los cerrojos, se ajustaba hasta tocar el tabique y cerraba á la vez ambos compartimentos. No era posible ninguna comunicación entre las dos celdas, que tenían, por todo asiento, una tabla atravesada por un agujero. La jaula de la derecha estaba vacía; pero la de la izquierda estaba ocupada. Veíase en ella, en un rincón, medio acurrucado como una fiera, puesto de través encima del banco por carecer de es-